

las aplican; es decir, juzgan relacionando con datos particulares las leyes que reciben hechas.

El tribunal superior del hombre es el de su conciencia; porque éste no sólo *aplica* la ley, sino que también la *hace* para el individuo en quien reside.

El individuo se somete á la sanción de la colectividad humana; pero también somete á su sanción propia el voto de la colectividad.

Trilogia poética. — Llámase así la obra poética dividida en tres partes.

Tres elementos se necesitan en general para toda función definida, que por necesidad ha de constar al menos de un centro entre dos extremos.

Pero esta trilogia teórica necesita, para ser práctica, convertirse en tetralogía; porque en la trilogia el centro permanecería inmóvil y en él terminaría la función.

Hay, pues, que oponer á la trilogia positiva la negación de su carácter positivo.

El seno infecundo de la trilogia se convierte en seno generador de todo lo viviente desde que se le opone la negación, y transigiendo con ella reproduce la función que le dió origen.

La trilogia primitiva puede aparecer inmovilizada y como clavada en el espacio; pero acude el tiempo y la saca de su estupor actuando como Creador en consorcio con lo creado para la multiplicación de las criaturas que pueblan el universo.

Trinidad, del latín *trinus*. — Triángulo realizable idealmente, é *identificable*, en teoría, con el triángulo inmóvil hecho realmente. Como tal *identificación* no se puede realizar sin

la distinción correlativa, ningún triángulo real satisface al *triángulo ideal*.

De aquí el misterio de que se ha rodeado á la trinidad.

Como símbolo religioso no puede ser más acertado el triángulo místico.

El ha sido también el símbolo científico (tesis, antítesis, síntesis), de varios sistemas filosóficos.

El sigue siendo símbolo del *sentimiento irreflexivo* (creencia).

Adicionado con la antisíntesis (sentimiento reflexivo) es, en fin, el símbolo de la ciencia viviente y el lazo de unión entre esta ciencia y el sentimiento religioso.

Trinidad cristiana. — La religión cristiana tiene por dogmas fundamentales la trinidad y la encarnación del verbo.

Símbolo admirable de la divinidad; representación sublime de la función humana: expresión de la *función inconcebible*, en cuanto se la puede concebir humanamente.

El padre es la autonomía, la libertad, la facultad de hacerlo todo; la madre es la ley hecha, la pasividad; el hijo es función simbólica nacida de madre con la intervención pura del espíritu, esto es, de la voluntad paterna encarnada en la pasividad.

La teología ó *ciencia* cristiana (no precisamente la religión) se empeña en identificar el símbolo con lo simbolizado, sin tener en cuenta que científicamente esto es identificar la afirmación de algo con la negación pura. Semejante error de la *ciencia* teológica es la *metafísica*, que entroniza el ontologismo absoluto.

La fe salva de este compromiso, y debe tenerla todo aquel que se quiere bien á sí propio.

Trípode, del griego *tri*, tres, y

poüs, pie. — En el momento histórico presente ha de fundarse la filosofía del porvenir en el trípode filosófico representado por Kant, Hegel y Renouvier, en esta forma.

Hegel, polo extremo de la relación que identifica sin distinguir; Renouvier, polo extremo de la relación que distingue sin identificar; Kant, intermedio prudente, aunque empírico, entre ambos extremos.

Hegel se encastilla en la substancia; se hace fuerte en su recinto, donde lo defiende con los últimos recursos de que le permite disponer la situación desesperada de un pleito secular.

Renouvier asalta la fortaleza de Hegel. Vence en toda la línea, y al declararse vencedor, olvida la prudencia que le aconsejaría no exterminar á los vencidos.

Kant, precursor de ambos, no pudo valerse de estos dos pies para agregar el suyo y obtener así el único trípode que puede sostener la estatua, símbolo eterno de la vida transitoria. Harto hizo con llegar empíricamente á las soluciones más plausibles respecto de problemas interesantísimos para la vida.

Con tales premisas se hace relativamente fácil la filosofía del porvenir. El término medio entre Hegel y Renouvier, toma el carácter de procedimiento filosófico ineludible, desde que es concebido en el pensamiento como ciencia viviente.

Tristeza, del latín *tristitia*. — Situación pasional que se relaciona con la falta, ó la determinación, de realidades correspondientes á nuestros ideales preferidos.

Hay en la función humana, profundamente sentida, un fondo de tristeza, que no desaparece jamás; porque nuestros grandes ideales, ni se reali-

zan, ni pueden realizarse por completo.

Conviene este fondo, si no es demasiado negro, para que puedan dibujarse en él con rasgos más ó menos primorosos las alegrías de la vida, las cuales sobre un fondo demasiado blanco pudieran carecer de la entonación que las avalora y legitima.

Triunfo, del griego *thriambas*, procesión de las fiestas de Baco. — Obtener la victoria en una lucha.

En la lucha del mal con el bien, dice una religión oriental que el bien ha de *triunfar* definitivamente.

Sin orientalismo ni intención religiosa, dicen en la época moderna la mayoría de los sabios, que lo que llaman progreso á secas, entendiéndolo así el progreso hacia el bien, ha de *triunfar*.

No hacen más en ambos casos los que esto proclaman, que enarbolar la bandera de lo ideal y adorar, como tantos otros, el ídolo labrado por sus propias manos.

Trivial, del latín *trivium*, que suena á tres vías, muchos caminos. — Hoy es trivial lo que ayer estaba reservado á muy pocos. No son las cosas las que cambian, sino el pensamiento que las concibe.

La vida es un festín que convida á todo el mundo con manjares no clasificados previamente. Solamente los hace selectos ó triviales el paladar de los convidados.

Trono, del griego *thronos*, asiento. — Asiento por excelencia.

Le ocupa Dios en la eternidad y los reyes en el tiempo.

Símbolo inmóvil de autoridad, que agrupa á su alrededor las colectividades humanas.

Se entronizan en la tierra, por fuer-

za ó por amor, los que van á la montaña ó la dejan venir.

Hay tronos *de derecho divino* para el arte, la ciencia y la virtud, que no siempre están ocupados con arreglo á derecho estricto.

Tropezar, suena á *torpeza*.—El terreno de la vida es áspero y se tropieza á menudo al transitar por él.

Dichoso quien no cae, ó si cae se levanta.

Con los ojos fijos en lo ideal no se ve bien el terreno que se pisa. Conviene, pues, para evitar tropiezos, no dejarse deslumbrar.

Tropos, del griego *trópos*, giro, traslación.—Locuciones, no rectas y apropiadas para designar una cosa, sino relacionadas de algún modo indirecto con lo que se quiere significar.

Las relaciones pueden tener tres formas: 1.^a de coexistencia en el espacio; 2.^a de sucesión en el tiempo; y 3.^a semejanza ó desemejanza en el espacio.

Estas tres formas de tropos se llaman sinécdoque, metonimia y metáfora.

En el fondo todo tropo es metafórico, en cuanto es un conato de que resalte la identidad sobre la diversidad entre una idea y una realidad correlativa. Entre la idea y la realidad no cabe más que aproximación ó alejamiento.

Trueno, del latín *tonus*, tono.—Voz de la tempestad.

El trueno, domesticado por el hombre, se ha convertido en lenguaje telegráfico y telefónico.

El siglo XIX se ha distinguido en

realizar el pensamiento en forma de electricidad.

¿No completaría su obra idealizando la electricidad en forma de vida y de pensamiento?

Turbulencia, del griego *túrbē*, multitud, confusión.—Conflicto de fenómenos, de leyes ó de funciones, que impiden el libre y normal ejercicio de la función común de la vida en todas sus fases y condiciones.

Dirímese el conflicto transigiendo y otorgando espontáneamente á cada cosa el límite que le corresponda.

Tutela, tu-tela, función entre *tu* y otro *tu*.—La filosofía mayor de edad, se exime de toda tutela y se gobierna á sí propia. Deja de ser fenómeno ó ley, pero se hace algo mejor: función en que se elaboran las leyes y los fenómenos.

Tyndall, filósofo inglés de la escuela de Hume.—Discípulo y maestro se limitan á *asentar* que no *hay relación alguna entre un movimiento y un estado de la conciencia*; y que por consiguiente existen *respecto de nosotros* dos series de fenómenos irreductibles.

Los filósofos que así hablan son escépticos, á los cuales lleva su sistema, hasta venir á parar en la relación, como ley á que necesariamente se someten todas las cosas.

Y, sin embargo, ¡violenta contradicción! eximen de ésta ley necesaria á cosas tan importantes como el movimiento y la conciencia.

Es que no han estudiado bastante, y menos practicado en su pensamiento, la teoría de la relación.

U

Ubicuidad, del latín *ubique*, en todas partes.—Pretendida facultad de hallarse en todas partes, que sólo puede atribuirse á Dios, por lo mismo que Dios no puede ser localizado humanamente, sin hacerle descender á la condición de un ser necesitado de *localizarse en mayor ó menor parte*.

La ubicuidad traspasa el polo aquél que está vedado á la inteligencia y á la vida: el polo de la ignorancia ineludible y del no ser.

La ignorancia invencible y el no ser son, á su vez, lo único dotado de ubicuidad respecto del saber y del ser. El ser y el saber experimentan, muy á su pesar, esta ubicuidad, impertinente en su concepto, del no ser y del *ignorar*.

No es tan impertinente como cree el ambicioso filósofo; es por el contrario, tan *pertinente* que sin ella no filosofaría.

Lo mejor que tiene el ser vivo es el *no ser de su ser* contrapesado por el *ser de su no ser*.

Último, del latín *ultimus*, superlativo de *ulter*, más allá y forma de

alter, otro.—Límite negativo, que supone límite positivo en sentido opuesto y viceversa.

Último y primero han de figurar en toda relación determinada, suponiéndose mutuamente como extremos entre los cuales ha de haber un término medio.

De todos estos modos filosóficos (último, primero y medio), habrá siempre *modos* particulares: el único que estará siempre en moda general, consciente ó inconscientemente, es el modo viviente, que los comprende todos desde su punto de vista (primero, medio y último, *determinados* en correlación con lo *indeterminado*).

Unánime, del latín *unus*, uno, y *animus*, ánimo, opinión.—El consentimiento de todo el mundo.

Este consentimiento se supone respecto de ciertas leyes y generalidades, y en efecto, la suposición se justifica por la experiencia diaria.

El consentimiento que más se justifica por la experiencia diaria, no es precisamente el de ley alguna constituida, sino el de la libertad para